

LA HORA DEL TESTIGO REFORMADO

“Padres del Pacto (2)”

Rev. Carl Haak

29 de septiembre de 2002; N° 3117

Queridos amigos de la radio,

La semana pasada empezamos a estudiar un versículo muy importante de la Biblia sobre el matrimonio, Colosenses 3:19, donde leemos: “Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas.” Es breve y directo.

Hemos visto que Dios ha dado al marido una esposa para toda la vida y que él debe ser la cabeza de su mujer, es decir, el responsable de ella y del matrimonio.

Hoy vamos a continuar examinando la llamada de Dios en cuanto a lo que se supone que debe *hacer* un marido, a saber: maridos, amad a vuestras mujeres.

Ahora, ¿qué significa eso? ¿Qué es el amor? Jovencitas que escuchan, ¿qué es el amor? ¿Es una emoción que se apodera de ti y te arrastra y te da un sentimiento? ¿Es eso todo lo que es? Y los hombres, ¿qué es el amor? ¿Deberíamos decir simplemente: “Lo que necesitamos en esta casa es un poco más de amor y las cosas irían mejor”? ¿Es así como hablamos? ¿Qué es el amor?

Hay dos pasajes de la Palabra de Dios que nos darán la respuesta. El primero se encuentra en el mismo capítulo que nuestro texto, Colosenses 3:14. Allí leemos: «Y sobre todas estas cosas vestíos de amor, que es el vínculo de la perfección.» Amar a tu esposa significa que la amas con el amor de Dios. Ahora bien, el amor de Dios no es un bien natural, es decir, no es algo que crezca en lo profundo de tu propio corazón. El amor de Dios es una maravilla. El amor de Dios es algo que tiene que ser dado. Es un regalo para ti. Leemos en I Juan 4:7-8, “todo el que ama es nacido de Dios...porque Dios es amor.” Tu debes nacer de Dios. Dios debe crear este amor en ti por un milagro de Su gracia. Él debe poner en ti la vida de Jesús, y luego ese amor debe ser alimentado e instruido a través de las Escrituras. El amor no es idéntico a una pasión humana. No se encuentra en las hormonas. Eso es lujuria. No se centra en uno mismo. El amor no es el deseo abrumador de poseer a otra persona, de poseer y luego tiranizar a esa persona.

La Biblia dice que el amor es un vínculo de perfección. ¿Qué significa eso? Un lazo, por supuesto, es una unión, es un unirse, un mantenerse juntos. La Biblia dice que el amor es una unión en perfección o santidad. Leemos en la Biblia: “Dios es amor.” El Dios trino, del pacto -Padre, Hijo y Espíritu Santo- se aman mutuamente. Están unidos en santidad, en pureza, en deleite de la verdad, y en perfecta aceptación mutua. El amor de Dios no es “sucio.” Pero el amor de Dios debe estar unido y atado en la santidad de Jesucristo.

El amor es, por lo tanto, un afecto santo hacia Dios. Es la tierna bondad hacia los demás en el amor de Dios. Es un deleite en Dios y un deleite en los demás.

Maridos, amad a vuestra esposa con el amor de Dios, es decir, manteneos con ella en santo afecto. Guarda tu corazón, hombre, contra los pecados sexuales, la pornografía, las revistas, imaginar a otras mujeres, la lujuria. ¿Es el amor de tu corazón en su centro mismo el amor de Dios?

El amor es conocimiento. Jesús nos ama, lo sabemos. Y ese amor es siempre conocimiento: Él nos conoce. Por eso, amar a vuestra mujer, maridos, significa que vuestra llamada de Dios es conocerla y aprender a expresarle vuestro amor, aprender su lenguaje de amor. Tal vez quisiste expresarle tu amor y le compraste unas flores, llegaste a casa con este hermoso ramo de flores y entraste cuando ella estaba cambiando los pañales y los otros niños estaban colgados de sus piernas y ella dijo: “Oh, qué bonito.” Y ella lo dejó a un lado y no le prestó mucha atención en ese momento. Y a ti te dolió. Y usted dijo: “Ay, qué frío. Aquí le traigo este hermoso regalo.” Bueno, tal vez hubiera sido mejor que hubieras expresado tu amor esa noche vaciando el lavavajillas o siendo de ayuda para ella de alguna otra manera. No tal vez. Así es como deberías haberlo hecho.

O quieres demostrar tu amor a tu mujer y dices: “Voy a darle un abrazo.” Y ella responde: “Ahora no, déjame en paz, estoy muy ocupada.” Y vuelves a sentirte herido y dices: “Vaya, ésta es una mujer difícil de amar.” Tal vez, entonces, deberías dejarle una notita en la mesita de noche cuando te levantas y te vas a trabajar por la mañana.

El punto es que tienes que entenderla y tienes que aprender a quererla de la forma que le llegue a ella.

El segundo pasaje que nos enseñará sobre el amor es Efesios 5:25: “Maridos, amad a vuestras mujeres, así como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella.” Ahora, eso lo dice todo. Eso lo dice todo, ¿no es así? ¿Cómo debemos amar a nuestras esposas? Como Cristo amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella. Tal vez usted me diga hoy: “Pero yo realmente no tuve un buen ejemplo de cómo amar a una esposa. Mi corazón se desgarró en el divorcio.” O, “Mis padres no conocían al Señor.” O, “Es mi maquillaje. No me comunico, no sé realmente cómo expresar amor. No sé cómo amar.”

¿No es cierto que cuando todo hombre cristiano se casa piensa que no debería ser muy difícil amar, pero descubre muy pronto que, debido a su pecado y al pecado de su esposa, ni siquiera sabe amar? Entonces escucha. Escucha lo que Dios dice. Cree en tu corazón que Dios te habla ahora. Ámala como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella.

No conozco el estado de su matrimonio en este momento. No sé si se llevan bien o si hay tensión y distancia en su matrimonio. No sé si esta mañana habéis ido a la iglesia discutiendo delante de vuestros hijos o si habéis ido como debéis, con reverencia en el corazón para adorar al Señor en familia. Yo no sé estas cosas. Pero sí sé esto: en este momento Dios ha preparado Su Palabra para ti y para mí. Aquí está: “Ama a tu mujer como Cristo amó a la Iglesia y se entregó a sí mismo por ella.” Eso se aplica a cada esposo que está escuchando en este mismo momento. Dios te lo está diciendo a ti ahora. ¿Quieres saber cómo amar a tu esposa? Entonces abre tu Biblia, ponte de rodillas, y aprende del misterio de cómo Cristo amó a la iglesia, cómo Cristo te amó a *ti*, y luego ve y haz tú lo mismo.

La doctrina determina la vida. Sí, así es. Cómo entiendes a Dios y cómo entiendas a Dios y cómo entiendas a Cristo y cómo entiendas el amor de Cristo determinará cómo vas a vivir con tu esposa. Si no amas a tu esposa, si no muestras expresiones razonables de amor por tu esposa, no andes por ahí diciendo: “Oh, amo

a Dios y la fe reformada y la soberanía de Dios.” No digas eso, porque no es así. Si conoces a Dios y conoces el amor de Cristo, debes amarla como Cristo te amó.

¿Cómo conoces ese amor de Cristo en lo más profundo de tu corazón ahora mismo? Eso determinará cómo vas a amar a tu esposa. Me gustaría interponer aquí la gran necesidad de la iglesia de Jesucristo de permanecer firme en la doctrina. Esta es una gran carga, una gran necesidad en la iglesia. Mantenerse firmes en la doctrina. Sé que inmediatamente, cada vez que la iglesia quiere insistir en la verdad, la gente dice: “Oh, qué frío. ¿Quieres ser relevante, por favor?” Escuchen, la iglesia más relevante es aquella que se aferra a la verdad de la Palabra de Dios. Esa es una iglesia relevante, en contacto. Debemos conocer el amor de Dios en Jesucristo. Debemos estar arraigados y cimentados en la verdad de las Escrituras. La doctrina determina la vida.

¿Acepta usted en su iglesia la idea de que el amor de Dios es condicional, es decir, que Dios ama a aquellos que primero lo aman a Él? ¿Dice usted: “Oh, bueno, no nos obsesionemos con estos puntos del calvinismo. Todos sabemos que Dios es grande y que todo va a salir bien al final, así que, sí, no importa si dicen que el amor de Dios es condicional.” ¿Acepta usted en su iglesia la idea de que la gracia de Dios es resistible, es decir, que Dios puede querer y desear la comunión con el hombre, pero no puede hasta que el hombre lo acepte primero? ¿Cree usted en su iglesia un pacto condicional, es decir, que el vínculo de compañerismo es un compañerismo condicional? Dios no será un Dios fiel al pacto a menos que usted, primero, por su fe haga un acuerdo con Él. ¿Cree usted eso?

Si crees cualquiera de los que acabo de mencionar o algo parecido, entonces, y no lo digo con regodeo; lo digo con llanto: entonces tienes que despedirte de los matrimonios de la iglesia. No, usted tiene que decir adiós a los matrimonios de sus hijos y de sus hijas en estos días malos porque la doctrina determina la vida. La verdad de las Escrituras es que el amor de Dios es inmutable. El pacto de Su gracia es incondicional. Su gracia es irresistible. Él permanece fiel. Así es como Él ama. Ama fielmente. Ama particularmente. Ama a tu esposa como Cristo amó a la *Iglesia*. Eso es amor particular. Dios ama perdurablemente. Dios ama con sacrificio. Dios ama con perdón. Dios ama fielmente. ¿Lo crees? Muy bien, ahora ama a tu esposa de esa manera. Los cimientos del matrimonio se establecen para un niño y una niña en la clase de catecismo, en las doctrinas de la iglesia.

Apliquémoslo.

...como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella. Eso significa que el amor por una esposa debe ser sacrificado. Recuerden, esposos, ustedes deben andar delante de Dios y ser perfectos. Por lo tanto, deben amar como Cristo amó. Y deben estar dispuestos a amarla sacrificialmente. Cristo se dio a sí mismo por la iglesia. Deben estar dispuestos a morir a sí mismos. Por naturaleza, vivimos para nosotros mismos. Y miramos a esa esposa y la miramos como algo para nosotros. Queremos enorgullecernos de su belleza o decimos que ella existe para nuestra facilidad, ella está ahí para hacer mi vida placentera. Así es como pensamos por naturaleza.

Maridos, amad a vuestra mujer como Cristo amó a la Iglesia. Has sido hecho esposo para que Cristo pueda enseñarte la dinámica del discipulado. ¿Cuáles son las dinámicas del discipulado? “Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a *sí mismo*” (Mateo 16:24). El amor por tu esposa significará que subyugarás tus sentimientos, tus deseos, tus sueños, tus anhelos, y te entregarás por el bien de tu esposa, para que Dios sea todo para ella. ¿No es ese el meollo del asunto? Dios no ha dicho en ninguna parte que tengas que darle a

tu mujer una casa con siete habitaciones. Dios en ninguna parte dijo que tienes que darle a tu familia un carro para cada hijo y miembro. Dios no ha dicho que tengas que vestir a tu mujer a la última moda. Pero Dios sí *dijo* que debes entregarte por ella. Y eso es lo que ella necesita. Ella necesita descansar en tu amor. Ella necesita saber que usted la escuchará, que orará por ella, que la protegerá, que calmará sus temores con la Palabra de Dios.

En segundo lugar, debemos amar a nuestra esposa de tal manera que tomemos la iniciativa. Como Cristo amó a la iglesia.... Cristo no esperó a que la iglesia lo amara. **Si Cristo hubiera esperado a que nosotros le amáramos, ¿dónde estarías tú?**

Eso significa que tú tomas la iniciativa como esposo. Hazlo tú. No esperas a que tu mujer dé el primer paso hacia la reconciliación. No estás en competencia con esa mujer. La pregunta no es: “¿Quién va a ceder?”. La pregunta es: ¿Vas a ser la cabeza y vas a amar como Cristo amó a la iglesia? No compitas con ella. Ve tú e inicia la reconciliación. Lo haces por el amor de Dios. Dios envió a Su Hijo. Y Él dice: “Ahora *ve* tú a ella.”

¿Hay alguna cosa en el matrimonio sobre la que hayas dicho: “Bueno, primero ella tiene que hacer esto, y luego yo...”? ¿Es así como hablas? ¿Vas a esperarla? ¿Cómo mora el amor de Dios en ti?

En tercer lugar, el amor de Dios será exclusivo. Cristo amó a Su iglesia y se entregó por *ella*. El matrimonio es un vínculo exclusivo. No se puede meter a un tercero. No hay lugar para un tercero. Debes amarla a ella, la mujer que Dios te dio. El libro de Proverbios dice: “sus pechos te satisfagan en todo tiempo ... ¿por qué... embriagarte con la mujer extraña?”. El matrimonio es un vínculo exclusivo.

Finalmente, ese amor por su esposa será duradero. ¿Abandonará Cristo a su iglesia? ¿Alterará Dios el voto de Su pacto? ¿Abandonará a Su esposa? ¡No! Escuchad. Las Escrituras nos dicen que todo el universo se mantiene unido en una verdad absoluta. ¿Sabes cuál es esa verdad absoluta que mantiene *todo* unido en este momento? No es algún principio sobre termo-dinámica o lo que sea. Esto es lo que mantiene unido a todo el universo: el amor de Dios es inmutable, se muestra siempre a los que le miran con temor. El amor de Dios es la única verdad inmutable y sustentadora. Dios ha amado a su pueblo.

Vivimos en una cultura en la que se nos transmite repetidamente el mensaje: Te quiero porque.... Te quiero hasta que.... Te quiero cuando.... Te quiero si.... Escuchad, hombres de Dios. Escuchad, mujeres. Escuchad, niños y jóvenes de Dios. Todo discípulo de Jesucristo, ahora mismo en esta cultura presente, que busque ejemplificar el amor del Señor en Cristo, repetirá a su cónyuge de palabra y de obra: “Cariño, te amo ¡y punto!” Sin compromisos. Sin condiciones. Sin reservas. Y prometo mostrarte y expresarte esa clase de amor todos y cada uno de los días. ¿Por qué? Porque, en medio de un mundo pecaminoso, egoísta, egocéntrico, sin amor y sin amor, Dios me ha amado. Y yo te amaré como Él me amó.”

Amen a sus esposas y no se amarguen contra ellas.

Esa advertencia no se saca de la manga. Es un pecado al que los maridos son propensos: amargura, resentimiento y tratar a sus esposas con dureza. Puede suceder de esta manera. Has tenido un día duro y llegas a casa malhumorado. Llevas la oficina auestas, o ese empleado te hizo pasar un mal rato. Y ella te saluda en la puerta con sus necesidades y los problemas con los niños y tú la regañas y te vas dando pisotones al salón. O le dijiste cómo llevar un talonario de cheques. Le dijiste qué decir cuando llamó el agente inmobiliario. Le dijiste qué hacer cuando se enciende la luz roja en el coche. Le dijiste que pusiera

los libros junto a la silla. Y no lo hizo. Y tú le dices: “Eso es lo más tonto que nadie ha hecho....”. Y sigues y sigues. Entonces, después de la discusión y la explosión, piensas: “Bueno, ella no satisface mis necesidades. No satisface mis necesidades.” Y te enfurruñas y te compadeces de ti mismo.

O, puede suceder de esta manera. Ella, enamorada, te amonesta. Como esposa, buscando mostrarte honor y respeto, ella te confronta con respecto a tu pecado. Ella dice: “Cariño, esto está mal.” Y tú lo resientes. Tratas de pasar por encima de ella. Cambias la culpa y la pones al revés sobre el vaso mas debil y dices, “Bueno, tu sabes, realmente es tu culpa. Si tan sólo tú... Yo no lo haría.” Basta ya.

¿Qué ha pasado? ¿Cuál es el origen de todo el jaleo que he explicado aquí y que puede ocurrir tan fácilmente? Dices, “Bueno, ella....” No, ese no es el origen. ¿Qué ha pasado? Esto es lo que pasó. No recordaste en tu alma que eres su esposo, su cabeza, que debes amarla como Cristo amó a la iglesia. Ese es el problema. El problema es contigo. Tienes que guiarla. Tienes que ser paciente. Tienes que pensar en ella primero. Tienes que comportarte como Jesucristo. Y no seas rencoroso con ella.

Eso significa que confesarás tus pecados. No los acumules. Esposos y esposas, no acumulen sus pecados el uno contra el otro, sin confesarlos. Eso es como una casa desordenada. Pones algo abajo y dices, “Llegaré a eso en un rato.” Y sigues haciéndolo. Al final del mes apenas puedes moverte por la casa. Dices: “Mira qué desorden. No sabemos ni por dónde empezar. ¿Cómo ha pasado esto?” Así ocurre con el pecado. Y por eso, antes de que se ponga el sol, debéis confesar vuestras faltas y orar juntos. Yo creo en eso. Eso es verdad, y la eternidad verificará las palabras de que las parejas que oran juntas permanecen juntas.

Todavía más. ¿Quieres ser esposo? Escucha la palabra de Dios en Colosenses 3:12-14: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de benignidad, de humildad, de mansedumbre, de longanimidad; soportándoos los unos a otros y perdonándoos los unos a otros, si alguno tuviere queja del otro; de la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Y sobre todas estas cosas vestíos de amor.”

¿Quieres ser esposo? Entonces ponte esas cosas y Dios te bendecirá de maneras que sólo Él puede mostrarte. Y Dios dirá: “Veo Mi pacto reflejada en ese hombre, en ese esposo. Y estaré con él y lo honraré.”

Oremos.

Padre que estás en los cielos, aplica Tu palabra a nuestro corazón. En el nombre de Jesús, Amén.